

trando al pie de esas deidades abominables su cetro de Rey y su corona de sabio.

Sed, pues, castos, os digo de nuevo y seréis felices!

¡Gloriosísimo San Luis! Angel de pureza y santidad! desde el trono de gloria en que estás asentado, dirige hácia nosotros una mirada propicia, y alcánzanos la gracia de ser castos de alma y cuerpo, á fin de tener parte en la bienaventuranza prometida á los limpios de corazón: BEATI MUNDO CORDEM QUONIAM IPSI DEUM VIDE BUNT. (1)



(1) Mateo, c. V. v. 8.



XI

**Santo Toribio de Mogrovejo, segun-  
do Arzobispo de Lima**

Sermón panegírico pronunciado, en la santa Iglesia Cate-  
dral, el día 27 de abril de 1869.

*Ille erat lucerna lucens et ar-  
dens.  
Era una antorcha luciente é in-  
flamada.  
S. Juan, c. V. v. 35.*

Illmo. Señor. (1)

Mis hermanos:

**G**RANDIOSO é importante es el fin que la Iglesia se propone, en la glorificación de los siervos de Dios. Secundando fielmente las intenciones de la Providencia, exalta con religioso entusiasmo á los héroes cristianos, congrega á los fieles al rededor de sus sepulcro, y les dice: Ahí tenéis los sagrados despojos de los amigos de Dios, que negaron su propia voluntad, abrazaron la cruz de Nuestro Señor Jesucristo y acometieron la santa empresa de seguir, hasta la muerte, á su divino Salvador. Es decir, que la Iglesia intenta fortalecer nuestra debilidad, confundir nuestra pereza y alentar nuestra cobardía, invitándonos á emprender con

(1) El Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Sebastián de Goyeneche y Barreda, dignísimo Arzobispo de Lima.



ardor el camino de la santidad, estimulados con el ejemplo de los santos. Entremos, pues, hermanos míos, en el espíritu de nuestra madre, al conmemorar, hoy, la santa vida y preciosa muerte de Toribio Alfonso de Mogrobejo, segundo Arzobispo de Lima: lumbrera inmortal que la diestra de Dios ha encendido para que alumbre nuestros pasos en el camino de la vida; faro esplendente, alzado en las playas de la eternidad, para que no perdamos de vista el puerto de salvación, entre los horrores y peligros de una deshecha tormenta. Aprovechemos, pues, los ejemplos de su vida para reformar la nuestra. Esta es la gracia, que, humildemente, os pido, Señor, tres veces Santo, por la intercesión de vuestra Santísima Madre. Ave María.

#### INTRODUCCIÓN

Nada perturba tanto á las sociedades humanas como la necia presunción con que el hombre pretende fijar su porvenir en la tierra, según su gusto, siempre desordenado y caprichoso. El problema de nuestro destino en el mundo no será ni bien planteado, ni bien resuelto, sino por aquella sabiduría incomunicable, única escrutadora de los humanos corazones que rige los espíritus con plena independencia y absoluta soberanía. Ni tienen otra causa los trastornos que agitan á los pueblos; la libertad humana sustituye á los designios adorables de la Providencia los dictados de la ambición ó los cálculos del interés; y Dios abandona al hombre para que labre con sus manos su propia desgracia ¡Eterna ley de la historia, que no permite á la humanidad salir del círculo que el dedo de Dios ha trazado! Si, señores: el hombre no puede renunciar á la misericordia, sino para caer inevitablemente, en manos de la justicia.

Al contrario, todo es ordenado y armonioso, cuan-

do el hombre hace en la tierra la suprema voluntad de su Dios y Señor. Tenéis un ejemplo de esta verdad en Toribio Alfonso de Mogrobejo. Su vocación al Arzobispado de Lima, juzgada, según la prudencia de la carne, tenía todos los caracteres de una insigne locura. Vástago ilustre de la nobleza de Asturias, iba á empañar en tierra extranjera el brillo de su cuna; miembro de una rica y acomodada familia, debía trocar el goce tranquilo de una vida placentera, por los peligros de un incierto porvenir; distinguido y estimado, hasta en los palacios de los Reyes, tiene que lanzarse á un país desconocido, en donde sería mirado, si no con desprecio, á lo menos con indiferencia; inquisidor de Granada, tiene en perspectiva las dignidades más eminentes de la Iglesia y del Estado, sin dejar su suelo, ni el regazo de los suyos, ni la honra de su linaje, ni las comodidades de su vida; Arzobispo de Lima, es forzoso que se arranque para siempre del seno de la familia y de la Patria y que se inmole voluntariamente, en aras del sacrificio, en aquellas apartadas y extensísimas regiones. Sin embargo, nada le detiene: siervo sumiso, ejecuta con presteza las órdenes de su Señor; carga sobre sus hombros la cruz del episcopado y vuela, en alas de su celo, á salvar las almas de que era Pastor y Padre espiritual. Así da gloria á Dios y santifica un mundo; gana el cielo y alcanza, entre los hombres, nombre inmortal: fines grandiosos, que la Providencia había ligado á la vida de nuestro santo, y que no hubieran tenido cumplimiento, sin su docilidad á los divinos llamamientos. Aprendamos, pues, á poner nuestra suerte en manos del Señor con santa indiferencia, para que disponga de nosotros, como árbitro supremo. Y para afirmarnos en este santo propósito, contemplemos á Toribio, en el teatro de su apostolado, como una antorcha que ilumina los entendimientos, en la ley del Señor, é inflama los corazones en su santo



AMOR: ET ERAT LUCERNA LUCENS ET ARDENS. Dos puntos que dividirán este discurso y ocuparán vuestra atención

PRIMERA PARTE

Tan inherente es al Episcopado el ministerio de la enseñanza que casi constituye su propia y principal misión: EUNTES DOCETE OMNES GENTES.(1) Veamos como la desempeñó nuestro glorioso santo.

Los niños son el primer objeto de sus cuidados. Imitando á Nuestro Señor Jesucristo, los congrega al rededor de sí, los acaricia con amor paternal, imprime en sus tiernas inteligencias, como en blanda cera, las verdades de nuestra santa fe, inicia sus corazones en el amor de aquel Dios, que se hizo niño, por salvarlos, ¡Noble misión, señores, la de enseñar á los niños! Yo no puedo contemplarlos, sin sentirme conmovido. Son el encanto del hogar, la esperanza de la sociedad, la complacencia de Dios, ¿qué más dire, señores?.....En sus puras é infantiles frentes, está escrito el porvenir del mundo. ¡Benditos sean, pues, una y mil veces, los que se consagran á cultivar estas frágiles y delicadas plantas! Quizá extrañaréis, señores, que me haya fijado, antes que todo y sobre todo, en la diligencia con que Toribio enseñaba á los niños; lo he hecho, porque yo creo descubrir en este ministerio, desempeñado con asiduidad, la revelación de una santidad eminente. Yo bien sé que reunir á los niños de tiempo en tiempo, para instruirlos en los rudimentos de la fe, confiando á su propia memoria las verdades de la Religión, no es una cosa que exceda las fuerzas de la naturaleza, fortalecida por la gracia y estimulada por el deber; mucho

(1) S. Mateo, c. XXVIII, v. 19.

más considerando que ellos son, como el cielo, como los pájaros, como las flores, la poesía y el encanto de la vida; pero abatir una inteligencia elevada hasta el nivel en que se encuentra el entendimiento de un niño, renunciar á las robustas formas del pensamiento para vestirlo con el sencillo lenguaje de la niñez; oponer, sin cansarse nunca, á sus importunas preguntas, una prudente sagacidad, á sus eternas distracciones, una paciencia invencible, á sus fastidios de cada instante, una dulzura, siempre igual, á sus veleidades infinitas, una firmeza incontrastable; consagrar una vida entera á esta laboriosa tarea, estando revestido de una dignidad augusta y preocupado con muy graves é importantes negocios, sin experimentar nunca el menor disgusto; al contrario, con ánimo siempre gozoso y decidido, el primero, como el último día; esto sí que está sobre el hombre y exige para consumarse la caridad de un santo. Yo apelo, para robustecer mis argumentos, al corazón de las madres. Ellas cuentan con un tesoro de amor á sus hijos que les hace ver muestras de talento, en sus vulgaridades; gracias inimitables en sus impertinencias y faltas ligeras, en sus mismos delitos; la tarea de educarlos abraza cierto número de años y nunca se extiende á más de tres ó cuatro á la vez, y, sin embargo, experimentan serios sinsabores y hay momentos en que las abrumba el peso de su cruz. No, señores: está visto, ni el amor maternal basta, por sí sólo, para educar á la niñez; es indispensable el amor á Nuestro Señor Jesucristo, y un amor ardiente, generoso, heroico, que vea en los niños, no su miseria, sino su grandeza; no su presente, sino su porvenir; no lo que son, sino lo que valen. ¡Ah! señores, su grandeza es celestial, su porvenir inmenso, su valor la sangre de un Dios. Toribio lo sabe: ama con pasión á su divino Redentor, y por eso hace del catecismo de los niños una de las más importantes funciones de su ministerio episcopal. ¡Oh



gloriosísimo protector nuestro! Me conmuevo y enternezco al considerarte en el interior de los templos y en las plazas públicas rodeado de un gran número de niños, como un padre en medio de sus hijos; y me parece contemplar á los ángeles de esos niños, tejiendo con amor, la corona inmortal, que ciñes en el cielo.

Hemos considerado á Toribio como una antorcha luciente que difundió entre los párvulos la luz de la fe: ILLE ERAT LUCERNA LUCENS. Pero su celo no se limitó á desmenuzar el pan para los pequeñuelos: millares de infieles aguardan de sus manos la regeneración y la vida. Voy á trazar un ligero cuadro de sus misiones apostólicas. El Arzobispado de Lima comprendía en aquella época, una dilatadísima extensión, habitada, en su mayor parte, por indios supersticiosos é idólatras. El santo Prelado acometió tres veces la muy difícil y peligrosa tarea de recorrerla toda, con el fin de conocer á sus ovejas, una á una, como verdadero Pastor. Difundió la luz del Evangelio en los montes y en los valles, y su palabra resonó hasta en la más escondida y apartada cabaña. Al acento de su poderosa voz, cayeron derribados los ídolos y adoraron á Jesucristo los desgraciados indígenas. El número de las conversiones que operó, no está escrito en la memoria de los hombres; pero si lo está en aquel libro inmortal, en que se registran con caracteres de luz que serán signados con la sangre del Cordero. Señores: predicar el Evangelio á cristianas muchedumbres, bajo las bóvedas de los templos católicos y en el seno de una sociedad civilizada, no tiene nada de singular ni de extraordinario; pero, anunciar el reino de Dios á los bárbaros moradores de un inmenso territorio, arrostrando, con valeroso ardor, la aspereza de los caminos, el rigor de las estaciones, la furia de las fieras, el carácter indómito de los habitantes; y hacerlo sin auxilio humano de ninguna especie, y arrastrando, entre las fatigas

del viaje, un cuerpo, extenuado por la penitencia; esto sí es sobrenatural y divino; esto sí es suficiente, por si mismo, para hacer el panegírico de nuestro santo. ¡Aridas llanuras de nuestras costas, que fuisteis marcadas con sus huellas y regadas con sus sudores! ¡pesos bosques que lo ocultabais, durante la noche, mientras descargaba crueles golpes sobre su delicado cuerpo! ¡escarpadas montañas que mil veces le ofrecisteis la muerte en horrorosos precipicios! ¡ríos caudalosos, que separastéis vuestras aguas, obedientes á su voz! ¡ardiente sol de los trópicos, que alumbraste su gloriosa peregrinación! ¡gigantezca naturaleza de América, que contemplaste asombrada los prodigios de su santidad! ¡publicad en unánime concierto las grandezas de Toribio; y vosotros ángeles tutelares del nuevo mundo, pulsad vuestras arpas de oro, á fin de que Dios sea glorificado por su siervo, en el cielo y en la tierra, y este bendecido y alabado, como luciente antorcha que iluminó á tantos entendimientos que yacían en las tinieblas y sombras de la muerte: ILLE ERAT LUCERNA LUCENS.

Pero nada debía sustraerse á esta ley celestial: véamosle ilustrar con sus claridades el santuario mismo del Señor. Persuadido de que las costumbres públicas no se reforman, si no se pone en vigor la disciplina de la Iglesia, celebró con grandísimas dificultades, tres concilios provinciales, en los que se dieron sábias leyes y santas reglas para el gobierno de diez Obispados; y reunió también diez sínodos para la especial administración de su propia diócesis ¡Monumentos imperecederos de celo episcopal! ¡Obras inmortales de sabiduría cristiana! que han resistido la influencia de tres siglos sin perder nada de su oportunidad y precisión. La legislación de estos concilios y sínodos se contrae especialmente al decoro del templo del Señor y la santidad de sus ministros, porque sabía nuestro santo que allí en donde se celebra con pompa y majes-



tad el culto divino y los sacerdotes son luz y no tinieblas, edificación y no escándalo para el pueblo cristiano; la moral pública restablece su imperio y la sociedad marcha á su fin con prosperidad y bonanza. ¡Felices tiempos los que alcanzaron nuestros padres en que se renovaba el espíritu de los fieles y se comunicaba esplendor á la gerarquía eclesiástica en esas augustas asambleas. Presididas por un santo y asistidas por el espíritu de Dios, eran un foco de vida para la Iglesia americana; Bajaremos al sepulcro, señores, sin ver á nuestros Obispos congregados para tratar, en común el gran negocio de la salvación de las almas? Nuestro venerable Pastor y sus otros hermanos en el episcopado estuvieron á punto de verificarlo. Graves obstáculos lo impidieron. Por lo demás, á ellos toca juzgar sobre su oportunidad y á nosotros, aguardar tranquilos, confiados en su celo y su prudencia. Entretanto, Toribio de Mogrovejo, desplegando una consumada sabiduría y esquisita prudencia en los concilios provinciales y sínodos diocesanos merece bien el honroso dictado de antorcha luciente colocado por Dios en el santuario para bañar con su apacible luz la santa casa del Señor: ILLE ERAT LUCERNA LUCENS. Os he mostrado á Toribio santificado por el catecismo de los niños, por la predicación de los campos y por las ilustres asambleas de los Obispos y del clero. He procurado alzar ante vosotros la majestuosa é imponente figura de un obispo santo. Obrero de la eternidad, preparó en los niños las robustas generaciones de creyentes que han poblado nuestro suelo; bu en pastor, dió amorosos silbos para congregár á sus ovejas dispersas en el redil de Nuestro Señor Jesucristo; primado de la America meridional la trasmitió su espíritu en preciosos documentos; triple título, que lo hace acreedor á nuestra veneración y que verifica la exactitud de esta semejanza evangélica: *era una antorcha luciente*: ILLE ERAT LUCERNA LUCENS.

No terminaré, señores, sin haceros notar una circunstancia singular. La renovación de la Iglesia por la disciplina, que promulgó el Tridentino, fué debida en gran parte á dos grandes personajes, suscitados por la Providencia con este grandioso fin. Génios vastos y perseverantes, hicieron práctica la legislación de los Padres de Trento, y no ocultaron sus cuerpos en la tumba, sino cuando dejaron renovada la faz de la Iglesia. Cárlos Borromeo, en Europa, y Toribio de Mogrovejo, en América, han realizado esta importante misión, y nos han legado un nombre inmortal, unido á los más gloriosos fastos del Cristianismo. Gloriémonos, pues, de que haya lucido, entre nosotros esta gran lumbrera, que ha derramado su luz en todos los horizontes cristianos. ILLE ERAT LUCERNA LUCENS. Y al comparar á nuestro santo Arzobispo con el venerable Pontífice de la Iglesia de Milán, un recuerdo consolador ha venido á herir mi mente conturbada. He visto, señores, á la grey de San Cárlos diezmada por la peste, al santo Prelado, orando por su pueblo y á un ángel de Señor, ministro de sus venganzas, envainando la espada de su indignación. Así también nosotros hemos sido visitados por una epidemia terrible y asoladora ¿porqué no hemos de acudir á nuestro santo Pastor para que aplaque, con sus ruegos, la divina justicia? ¿porqué no ha de alcanzar su intercesión en el cielo lo que mereció conseguir lo súplica de San Cárlos en la tierra? Ah!, señores; yo no pongo en duda la dignidad del mediador, ni la eficacia de la mediación; pero sí dudo de que nuestros ruegos sean atendidos. Sí, señores, porque hemos echado en olvido á nuestro Pastor y nuestro Padre; sus solemnidades están desiertas, los templos de la Capital no resuenan con sus alabanzas; sus sagradas reliquias no están tenidas con honor; y, para decirlo de una vez, parece que no se le tributa culto sino para salvar las imprescindibles exigencias del



rito. Yo no acuso á nadie, señores, ni busco las causas de tanta desolación; señalo un hecho que todos palpamos, y, haciéndome eco de nuestro dignísimo Prelado, del venerable capítulo metropolitano y del clero y fieles de la Arquidiócesis, deploro este hecho con todos y por todos.

Perdón Santo Pastor y amado Padre nuestro! nuestra ingratitud á tus beneficios ha armado contra nosotros la divina justicia; las innumerables gracias que hubiéramos recibido por la eficacia de tus ruegos, han sido suspendidas, y los castigos, que tu oración hubiera evitado, han caído sobre nuestras cabezas culpables y nos tienen conturbados y afligidos.....Perdón, una y mil veces, Pontífice de la Iglesia Peruana! De rodillas delante de tu estatua, te pedimos, que, como amoroso Padre, tiendas un velo de olvido sobre nuestra conducta pasada, te acuerdes de que somos tu grey é interpongas tu mediación, á fin de que se suspenda el azote que nos hiere. Por nuestra parte, gloriosísimo Protector nuestro.....(1)



(1) No concluye el manuscrito que tenemos á la vista (Nota del Editor)



## XII

### Grandeza de María

Sermón pronunciado en la Iglesia parroquial de la ciudad de Chorrillos, el Domingo 6 de Junio de 1869, día de la conclusión del mes de María.

*Fecit mihi magna qui potens est.*

*Ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso.—S. Luc. c. I v. 49.*

Mis hermanos:

**Y**O ENCUENTRO más admirables las infinitas humillaciones del Verbo encarnado que los inefables resplandores de su gloria divina. Contemplo lleno de júbilo á Jesucristo en el Tabor, y no puedo mirarlo sin asombro crucificado en el Calvario. Que la Majestad del Excelso brille en las alturas, proclamando á la faz del cielo y de la tierra esa generación eterna, que no pudieron cantar los inspirados labios de Isaías: esto, mis hermanos, por glorioso que sea para Jesucristo, es, sin embargo, debido al augusto carácter de su divina persona; pero que el Redentor del mundo, saturado de oprobios y abrevado de amargura, haga estremecer los cielos y la tierra con esta palabra, cuyo sentido se pierde en las profundidades de Dios: "Dios mío, Dios mío, por qué